

## EDITORIAL

Cada que aparece la palabra reforma, ésta suele causar resistencias en la mayoría de los sujetos a los que el sistema quiere cambiar, todo ello por múltiples razones: desde las políticas internas, las presiones de organismos internacionales, los resultados en pruebas aplicadas a estudiantes, hasta el desmoronamiento de un liderazgo que presumía fuerza vitalicia y control de la Secretaría de Educación Pública federal y las demás instancias estatales.

Hablar de reforma es sumamente comprometedor, son palabras mayores, sobre todo porque en México es sagrada, ya que queramos o no, nos remite a Benito Juárez quien lideró a un grupo de mexicanos visionarios y es sabido por propios y extraños lo que hicieron para fortalecer la vida democrática e impulsar un Estado laico, lejos de todo fanatismo religioso e intromisión de la Iglesia en asuntos civiles y de legalidad constitucional.

Los actuales promotores de la reforma educativa se tomaron la iniciativa de reunirse con las cúpulas de los partidos políticos y amarraron un Pacto, creyendo que con eso era suficiente y bastaba para cambiar algo tan complejo como es la educación. Cuan lejos están los partidos políticos y sus máximos dirigentes de representar y hablar a nombre de docentes, padres de familia, estudiantes, organizaciones no gubernamentales, sindicatos, investigadores educativos, intelectuales y la sociedad en conjunto.

En México los políticos ni oyen, ni escuchan, ni comprenden y menos cuando las voces y las acciones van a contracorriente o hacen crítica de las acciones y discursos oficiales, es lamentable que la mayoría de los columnistas, editorialistas e intelectuales con cierto nombre y reconocimiento, pero con pocas evidencias, pongan como principal responsable de la mala educación a los profesores y, aseguren que con la reforma todo cambiará como arte de magia.

La educación es un instrumento y una excusa a la vez por parte del gobierno. La actual escuela mexicana está lejos de responder a las demandas actuales, las políticas que le precedieron la hicieron caduca, descuidada y casi la dejan en ruinas. Los maestros sufren un abandono intencionado por parte del Estado debido a cómo funcionan las políticas de formación de docentes desde hace muchos años, si quiere profesionalizarse o actualizarse al profesorado le cuesta de su bolsillo y de su tiempo libre, porque los programas de actualización de la SEP sirven para muy poco, a lo sumo ganan algunos puntos en el escalafón y no más; los contenidos que forman parte de dichos programas están muy alejados de las necesidades pedagógicas que éstos requieren para aplicarlas en situaciones de aula.

Queda claro que sin maestros y maestras junto con estudiantes no hay reforma que funcione, la primera tarea del Estado es convencer, persuadir y hacer partícipes a docentes, alumnos y padres de familia creando las condiciones materiales y humanas para llevarla a cabo. Con amenazas, señalamientos y estigmatizaciones no se llega a nada, porque si hay algo que los maestros han aprendido en todos estos años es a simular cuando tienen que hacerlo para protegerse, esto no es ni debe ser una lucha o una imposición, tiene que ser mediante un diálogo que permita generar una responsabilidad compartida: nada por la fuerza, todo por la conciencia.